

El entonces subdirector de la Nación cuenta como vivió uno de los intentos del dictador por imponer su autoridad

Mi historia personal del boinazo

Alberto Luengo * LN 17 diciembre 2006

-Quiero hablar con el director-, dijo la voz metálica del general con tono imperativo al otro lado del teléfono.

-El director no está. Usted habla con el subdirector-, respondí.

-Bueno, como sea. Le estoy mandando por mano el documento que usted tiene que publicar mañana. Y lo estoy llamando para dictarle el título.

-¿¡Qué título!?

-¡El título principal del diario pues, qué otro iba a ser!!



El diálogo puede parecer absurdo, patético e irreal hoy día. Y con toda razón. Pero esa mañana del 28 de mayo de 1993 nada podía ser más amenazante.

A un lado del teléfono estaba un general de la República queriendo dictar el titular de primera página del diario La Nación, sentado en una mesa de operaciones junto a todo el cuerpo de generales convocado en forma imperativa por el comandante en jefe en persona, el hombre que esa madrugada se había “subido por las paredes” (la expresión no es mía, sino de un militar que me describió más tarde el estado de ánimo de Pinochet), al ver la portada del diario. El hombre que me llamaba por teléfono era el general Manuel Concha, jefe del comité asesor del comandante en jefe, un cincuentón sonriente y algo entrado en carnes que yo había conocido en un almuerzo organizado por el Ejército un par de semanas antes para “mejorar las relaciones con la prensa”.

Detrás de sus palabras había algo más que una baladronada. Lo respaldaban nada menos que todos los generales del ejército acuartelados en la torre de mando de Pinochet -la comandancia en jefe, en calle Zenteno, a pasos de La Moneda- y cuya entrada estaba resguardada por un pelotón de soldados en tenidas de combate, con armas automáticas en las manos y boinas negras en la cabeza.

Estaba en pleno desarrollo el boinazo, aunque ese nombre todavía no acudía ni a las mentes más afiebradas de un país que ese día se encogió por el miedo. Sería la revista “Apsi” la que, una semana más tarde, bautizó así a lo que en ese momento era lo más cercano a una asonada militar, un golpe brutal en la débil mesa de la transición, la prueba de que la democracia era todavía más frágil que un huevo en la jaula de un gorila.

El Presidente Patricio Aylwin, quien ya había debido enfrentar un movimiento parecido en diciembre de 1990, denominado eufemísticamente “Ejercicios de enlace”, se encontraba en su gira más lejana, en Dinamarca, camino de Moscú. El motivo de ambos movimientos militares era el mismo: frenar la investigación judicial del oscuro episodio conocido como los “Pinocheques”.

Pinochet, el hombre que le había garantizado portarse bien y servir como un dique a las presiones de sus hombres –así se lo había explicado a Aylwin para mantenerse como comandante en jefe tras el regreso de la democracia- estaba ahora al frente del Ejército presionando no solo al diario La Nación por un titular, sino a la nación entera. Había preparado un insólito pliego de peticiones, aprovechándose de la debilidad de la democracia, del terror de la población a una involución política y de la mala conciencia de muchos políticos dentro del Gobierno que estaban dispuestos a cualquier concesión con tal de aplacar al monstruo.

Esa mañana, el diario La Nación había llegado a los kioscos con la siguiente noticia en carácter de exclusiva: “Reabren caso cheques del hijo de Pinochet”. El titular agregaba: “Ocho generales citados a declarar ante la justicia”. Era el resultado de una investigación periodística propia que daba cuenta de la decisión del Consejo de Defensa del Estado (CDE) de enviar a la justicia un caso que tenía todas las características de un fraude al fisco y que involucraba directamente a Pinochet padre y a su hijo mayor.

El inmenso enojo de Pinochet esa mañana no estaba centrado en el CDE, sino que siempre pensó que su publicación en el diario con participación estatal era una maniobra política digitada por el Gobierno para acosar al Ejército. Había hecho una lectura mecánica de las relaciones entre La Moneda y este diario, sacando la conclusión más obvia para un hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido: esto sólo podía ser una operación política del Gobierno.

Unos meses antes, en la única reunión que tuvo la dirección de La Nación con el Presidente Aylwin, éste nos había alentado a que mantuviéramos nuestra independencia y se había quejado de que, cada vez que se reunía con Pinochet, él le reprochaba por los artículos publicados en La Nación. “No me cree que nosotros no dictamos los titulares del diario”, nos había dicho al director del diario, Abraham Santibáñez, y a mí, tomando té con galletitas en una enorme sala de La Moneda.

Así que la investigación que firmó el periodista Francisco Artaza y los chequeos posteriores realizados por diversos editores nos habían confirmado la primicia: el caso “Pinocheques” iba a volver a las primeras páginas. Ni siquiera se nos pasó por la cabeza consultarlo con alguien del Gobierno antes de publicarlo.

“¡Todo es por culpa de ustedes!”

Esa mañana, tras dar una clase en la Universidad Andrés Bello, tomé el Metro en calle República y salí en Moneda para acudir al diario como todos los días. En la esquina de Zenteno con Alameda divisé a un grupo de periodistas y me acerqué a saludarlos. Cuando les pregunté qué pasaba, me miraron con cara de incredulidad: “¡Todo esto es por culpa de ustedes!!”, me dijeron. Al mirar al frente y ver el puñado

soldados camuflados a pleno día, con ojos y armas amenazantes, comencé a pensar que tal vez fuera cierto.

Ya en mi oficina, mientras todo el país se preguntaba con angustia qué estaba pasando, recibí el llamado del general Concha.

Horas antes, otro llamado había encendido todas las alarmas de La Moneda. El general Jaime Ballerino, inspector general del Ejército, había llamado al ministro del Interior Enrique Krauss, en ese momento Vicepresidente de la República, para transmitirle la molestia del Ejército por una serie de hechos “hostiles” hacia el Ejército generados por las autoridades del Gobierno. La gota que había colmado el vaso, le indicó, era ese titular del diario La Nación.

Krauss informó por teléfono a Aylwin quien, según revelaron por esos días fuentes de La Moneda, montó en cólera y dando gritos por el teléfono instruyó a Krauss a no mostrar ningún signo de debilidad y no aceptar nada que pusiera en riesgo la autoridad de la República.

Pero Krauss le había ya dicho a Ballerino que “el asunto de La Nación” podía arreglarse fácilmente. Iba a instruir que en ese diario se aceptara lo que pedía el Ejército y, para eso, un representante de los generales debía llamar al periódico para consensuar la forma en que debía salir la edición del día siguiente. Por vías internas, La Moneda hizo saber a las autoridades del diario que debían aceptar lo que los militares pidieran porque estaba en juego “la estabilidad de la democracia”. Era un “asunto de Estado”. El mismo argumento que años después utilizó el Presidente Eduardo Frei para pedirle al CDE que abandonara el caso.

“¿Van a seguir atacando al Ejército?”

Así que cuando yo le dije al general Concha que nadie nunca nos había dictado un titular desde La Moneda y que mucho menos entonces lo iba a hacer el Ejército, la conversación subió de tono. “Pero eso es lo que estaba acordado”, me dijo seco.

En la oficina, varios editores respaldaban la postura del diario y me alentaban a rechazar la presión. “General, eso no va a ser posible”, le respondí.

Antes de responderme, escuché que tapaba el auricular con una mano y explicaba a sus compañeros que La Nación se negaba a aceptar el titular que ellos habían preparado. Alcancé a escuchar varios gritos y Concha me respondió con una voz extraordinariamente tensa y alta, como para que lo escucharan todos los presentes en esa sala que yo sabía llena de generales: “¿Y entonces qué van a titular?, ¿Van a seguir atacando al Ejército?”. Yo le respondí que eso dependía de qué estaba pasando ahí en la mesa de operaciones de los generales, pero Concha me replicó diciendo que no estaba llamando para que yo lo reporteara a él sino para darme instrucciones, por acuerdo con La Moneda. No había más que hablar.

Los generales informaron a Krauss del impasse con La Nación y éste esperó - recluido en su sala de crisis en La Moneda- que regresara a Santiago el ministro secretario general de Gobierno, Enrique Correa, quien había viajado esa mañana a Antofagasta. Desde el mismo aeropuerto debió devolverse para integrar el comité de crisis. Como ministro encargado de las relaciones con la prensa, Correa tomó el teléfono y me llamó para insistir en que era imperativo “tener un gesto” con el Ejército, dadas la gravedad de la situación. Le expliqué que los generales nos querían dictar el titular del día siguiente y que nos habíamos negado. “Esa petición es inaceptable. No lo sabía”, me respondió, respaldando nuestra decisión.

Casi en la hora de cierre, la solución vino por una vía insólita: alguien propuso no llevar titular al día siguiente y reemplazarlo por una gran foto de un soldado con su

rostro pintado, tenuta de combate y su boina. Y, en un espacio inferior, debajo de la foto del soldado amenazante, no pudimos resistir poner el siguiente titular, sacado de la sección internacional: "Masiva marcha antiviolencia...en Italia". LN

** Periodista, ex subdirector y director de La Nación*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007